

PARTE TERCERA.

DESDE EL PONTIFICADO DE SAN GREGORIO EL
GRANDE HASTA LA
APARICION DEL PROTESTANTISMO.

CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO XI.

SUMARIO.—I. Guillermo de Utrech.—II. Guiberto, antipapa, llamado Clemente III.—III. Alberto Antipapa.—IV. Teodoro, antipapa.—V. Cencio.—VI. Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra.

I.

Guillermo, Obispo de Utrech.

(MURIO AÑO 1076 DE N. S. JESUCRISTO.)

¡Qué cuadro tan desconsolador nos ofrecen los historiadores al pintar la situación del mundo y de la Iglesia al advenimiento al Solio Pon-

tificio del gran Papa San Gregorio VIII ¡Cuán vicio que corregir, cuánto abuso que evitar, cuánto exceso que contener, qué desórden en todo, y qué empresa tan gigante la de encauzar aquella sociedad corrompida y desquiciada!

“Llagas tan gangrenadas, dice Cantú, no podían curarse sino con el hierro y el faego; la reforma, para ser eficaz tenía que proceder de arriba, esto es, de aquella Sede hacia la cual, á causa de su elevacion, volvían los ojos los príncipes y los pueblos. Mientras se vendieron las iglesias; mientras las dignidades fueron adquiridas á precio de oro y por ilícitos manejos; mientras el libertinaje de sus poseedores los indujo á inclinarse más bien al partido de los príncipes vendedores que al de los Pontífices, debía esperarse que los Obispos recobraran la autoridad independiente que habian cedido en cambio de la libertad de costumbres? Depravada la Iglesia por haberse secularizado, necesitaba que se la restituyese á la norma eclesiástica; era preciso robustecer el sacerdocio, el monacato; instituir un censor, no sujeto á los poderes temporales, que juzgase y castigase á los malvados, cualquiera que fuese su categoría; y siendo el Papa quien únicamente podia reunir estas condiciones, era indispensable sustraer su eleccion

de la autoridad secolar, deshacer los vínculos feudales que avasallaban á los sacerdotes, y para esto aislarlos de las familias. Pero el que emprendiera la tarea de romper el triple nudo de la tierra, la familia y la autoridad con que el clero se se hallaba, enlazado á la sociedad debía prever que iba á empeñarse en una terrible lucha con los Reyes, cuyo poder ampuaba tal reforma, con los sacerdotes, á cuyas pasiones se oponían obstaculos, y con la inmensa fuerza de las viejas costumbres. Así, pues, tenía que ser un héroe; y los pasos del héroe en una edad desventurada no deben ser ajustados á la medida del hombre ordinario y de los tiempos bonancibles (1).”

El mismo Hildebrando, despues Papa Gregorio VII, escribia á Hugo, abad de Cluny, “¡Ah! ¡Ojalá pudiera hacerlos comprender las tribulaciones que me asaltan, los incansables trabajos que me abruma cada dia! He pedido muchas veces al divino Salvador que me saque de este mundo, ó me permita ser útil á nuestra Madre comun. Un dolor inefable, una tristeza profunda, han invadido mi alma al contemplar la

(1) *Historia universal*, época X, cap. XVII.

Iglesia de Oriente, que el espíritu de las tinieblas separó de la fé católica. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Medio dia, al Norte, apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado al Episcopado por las vias canónicas, que vivan como cumple á su clase, que gobiernen á un grey con espíritu de caridad, y nó con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, y la justicia al interés. Son peores que judíos y paganos los romanos, lombardos y normandos entre quienes vivo. Si fijo la atencion en mi persona, me hallo tan agobiado con mis actos, que no veo esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo (1).”

Invasida la Iglesia por elementos extraños, estaba huérfana de autoridad bajo la inmensa pesadumbre de los abusos que se habian desarrollado á la sombra de su debilidad. La humanidad estaba interesada en que la Iglesia recobrara su legítimo poder, su necesaria independencia, viéndose libre de las ligaduras con que la tenian maniatada los poderosos de la tierra, y

(2) *Epist.* 2^a, 49.

esta fué la gran empresa que inició el inmortal Hildebrando.

Sólo un gigante podía iniciar tamaña empresa y este gigante fué San Gregorio el Grande.

Así es que apenas fué elevado á la silla de Pedro, condenó la simonía y la incontinen- cia, que manchaban á la Esposa del Cordero; em- prendió la obra de restablecer la hermosa disci- plina, empleando la indulgencia con los dóciles y la rigidez con los contumaces; protegió la ins- trucción, mandando que los Obispos todos ense- ñasen en sus iglesias las artes liberales; prohibió en un Concilio de Roma la costumbre tan bárbara como general, de despojar á los náu- fregos; ordenó al Rey de Dalmacia que impi- diese el tráfico de los esclavos; prohibió perse- guir al heresiarca Berenguer, fundándose en que ántes de herir á los enemigos de la Iglesia de- bían ensayarse todos los medios de convertirlos y escribió á Felipe I y á Enrique IV para que pudiesen término al descarado tráfico que ha- cían con las dignidades eclesiásticas, conminán- doles con la pena de excomunion.

Tales fueron los principios del pontificado de San Gregorio VII, á quien muchos censuran ó calumnian porque no le conocen, porque están cegados por la parcialidad, ó porque son muy

pequeños para juzgar á un hombre tan gran- de.

En aquella lucha gigantesca, y á pesar de la corrupcion de la época, San Gregorio VII no dejó de encontrar poderosos auxiliares que le secundáran. El pueblo, que no suele equivocarse en sus juicios por más que alguna vez hayan sido terribles se puso de parte del Papa; los Mo- narcas de España, Sicilia, Cerdeña, Hungría y Dalmacia le recomendaron sus reinos á título de feudos; Demetrio, rey de los rusos, envió á su hi- jo para rogar al Padre Santo que recibiese su rei- no como feudo de San Pedro; Guillermo el Con- quistador le pidió la enseña que debía legitimar la conquista de Inglaterra; Demetrio Zwotimir, duque de los croatas, prometió asimismo homena- je á la Sede Pontificia; Polonia debió á San Gregorio VII su independencia del reino teutó- nico, y cuando el tiránico Boleslao asesinó al pié de los altares al obispo de Gracovia, que le habia reprendido su vida licenciosa, el Pontífice le excomulgó y le depuso.

De este modo San Gregorio VII, fortalecien- do la autoridad de los Monarcas prudentes y justos, y conteniendo ó deponiendo á los déspo- tas que tiranizaban á sus súbditos, se hizo el

padre de los pueblos y el amparo de los débiles y desvalidos.

Pero al mismo tiempo no faltaron al perseverante Pontífice adversarios temibles é implacables enemigos, porque algunos príncipes y un gran número de Obispos y sacerdotes, desconociendo su mision, ó apegados á los inveterados abusos, siguieron la causa de los enemigos de la Santa Sede, y le hicieron una guerra tan tenaz como enconada.

Mas al cabo Dios exsáltó á su Iglesia y confundió á sus enemigos bajo el peso de su justicia.

Guillermo, obispo de Utrech, fué uno de los auxiliares más poderosos de la política del Emperador Enrique, y el enemigo más encarnizado de aquel Padre Santo.

En efecto: Guillermo de Utrech, segun afirma Berault Bercastel, no cesaba de ultrajar al Papa con investivas y calumnias; tanto, que apenas habia fiesta en que predicando durante la Misa no hiciese resonar el santuario con los dictados de traidor, adúltero y perjuro, con que infamaba al Vicario de Jesucristo (1).

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Buldú, lib. XXXIII,

Finalmente, estando Enrique IV en Utrech, recibió la Bula de excomunion de Gregorio VII por sus atentados contra la Iglesia y la autoridad de los Papas, y se apresuró á participárselo al Obispo de aquella diócesis, que irritado contra el Sumo Pontífice, y para halagar al Emperador, subió al púlpito el día de la Pascua de Resurreccion, y pronunció, más que sermon, una acusacion calumniosa contra el Padre Santo, terminando con estas palabras: "Pues bien: por este hombre ha sido condenado nuestro Emperador."

Terminados apenas los divinos oficios, fué acometido el nuevo Judas de una enfermedad violenta, y de agudísimos dolores. Explicándose entónces en muy distintos términos, reconoció ante los que lo rodeaban que por muy justo castigo de Dios perdía la vida presente y la eterna, por haber favorecido contra su conciencia la impiedad del Rey, llenando de oprobio al Papa Gregorio VII, cuando le constaba que era un santo y el verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

A pesar de todo se cree que murió sin Sacramentos, en medio de su desesperacion (1).

(1) RICARD: *Vie tragique des persecuteurs de l'Eglise*, part. 2, ^o, cap III.—Lambert, pág. 265,

II.

Guiberto, antipapa bajo el nombre de Clemente III.

(MURIO AÑO 1099 DE N. S. JESUCRISTO)

La energía inquebrantable y la constancia invencible con que el Papa San Gregorio el Grande emprendió la serie de reformas que reclamaba la Iglesia y la realización del proyecto de libertar al Pontificado de la humillante dependencia del imperio, irritaron de tal manera al Emperador y á los grandes, á quienes se privaba del tráfico que hacían con las rentas de las iglesias á la sombra de inveterados abusos, que trataron de expulsar al Papa de su Silla y sustituirle con un antipapa que favoreciese sus planes.

Guiberto, obispo de Rávena, que aspiraba al Pontificado, y había atraído á su partido con

regalos y promesas á los descontentos, fué el designado para promover el nuevo cisma.

Atento sólo Guiberto á satisfacer su ambición, pactó alianza con Cencio, instrumento principal del escandaloso atentado cometido entonces contra la libertad y hasta la vida del Papa, fomentó aquella rebelión impía y sostuvo inteligencias con Teobaldo de Milán y los demás obispos sediciosos de Lombardia, uniéndose también el cardenal Hego el Blanco y otros prelados que abandonaron la causa de la Iglesia para trabajar por cuenta de sus enemigos ó por interés propio.

El Emperador despues de haber depuesto al Papa en la Asamblea cismática de Worms, comenzó á sentir los efectos de aquel atentado, porque habiendo absuelto el Papa á los súbditos de Enrique del juramento de fidelidad, comenzó á disolverse su partido.

Al mismo tiempo, muchos Prelados y señores se reunieron en Tribur, resueltos á deponer á Enrique y á elegir un sucesor; pero el Emperador, temeroso de perder la corona, y á fuerza de humillaciones, consiguió que aquella asamblea renunciase á su propósito, con la condición de obtener la absolución del Papa.

Hízolo así en efecto, más al poco tiempo volvió á indisponerse con el Papa, y fué excomulgado.

Irritado entónces contra San Gregorio VII, reunió en Brixen (Tirol), una nueva asamblea de Prelados y señores, cómplices de sus crímenes, que depusieron al Padre Santo y eligieron en su lugar á Guiberto, que tomó el nombre de Clemente III.

El Emperador seguido del antipapa, invadió varias veces con tropas á Italia, con ánimo de apoderarse de Roma, y aunque las revueltas de Alemania le obligaron á volver á sus Estados, logró al cabo Guiberto hacerse dueño de la mayor parte de la Ciudad Santa.

Muerto el Papa San Gregorio VII, fué elegido canónicamente Víctor III, y dos años después, y por fallecimiento de éste, Urbano II, pero como el antipapa seguía siendo dueño de Roma, el Pontificado legítimo tuvo que trasladarse á Monte Casino.

No obstante, al poco tiempo consiguieron los romanos arrojar de Roma al antipapa, que regresó á Rávena después de haber prometido bajo juramento que no volvería á subir á la Silla Apostólica.

El Papa Urbano consagróse desde luego á remediar los males que había ocasionado el cisma, mientras los cismáticos, aprovechando la ausencia de Urbano II y repuestos de sus pérdidas, se apoderaron por sorpresa de Roma, al mismo tiempo que el emperador Enrique entraba victorioso en la fortísima ciudad de Mántua.

El antipapa Guiberto, á pesar de sus juramentos, y gracias á estas ventajas de los cismáticos, volvió á sentarse en la Silla de los Pontífices, apoyado por sus partidarios, que, dueños del castillo de *Santángelo*, tenían en continuo sobresalto á la ciudad de Roma.

Así fué como el ambicioso Guiberto sostuvo su cisma durante veinte años y cuatro pontificados, desde Gregorio VII hasta Pascual II.

Indignados al fin los romanos contra el antipapa, ofrecieron al Papa legítimo, Pascual II, toda clase de recursos, y Guiberto, expulsado de Albano, murió repentinamente en su fuga.

III.

Alberto, antipapa.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El triunfo del Papa Pascual II sobre su competidor el antipapa Guiberto, y la muerte de éste, no acabaron el cisma, porque los enemigos de la Santa Sede suscitaron sucesivamente tres antipapas, que no lograron consolidar el cisma ni debieron tener grande ignorancia, á juzgar por la indiferencia con que se ocupan de ellos los historiadores. Ni aun se sabe el nombre que adoptaron los dos primeros al usurpar la tiara.

El primero de ellos fué Alberto, elegido por los cismáticos para suceder á Guiberto; pero el mismo día de su eleccion fué preso y encerrado en San Lorenzo, donde se le tuvo recluso (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia* lib. XXXO.

IV.

Teodoro, antipapa.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El segundo antipapa elegido por la faccion de Guiberto contra Pascual II, fué Teodoro ó Teodorico.

Más afortunado éste que el anterior, pudo sostenerse por espacio de ciento cinco dias, hasta Enero del año 1101, en que fué tambien encerrado en un convento (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia* lib. XXXV.

V.

Cencio, prefecto de Roma.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

ANTONIO DE — OTALON DE — Y — DE — (MURIO)

Al subir al Solio pontificio el gran Papa San Gregorio VII, uno de sus primeros cuidados fué evitar que los emperadores de Alemania siguieran usurpando la autoridad de la Iglesia con el pretexto de las investiduras, y para conseguirlo anatematizó á todos cuantos las confirieran y á todos cuantos osáran recibir las. Esta medida tan necesaria al bien de la Iglesia, irritó á Enrique IV, que, no contento con hacer Abades y Obispos, quiso hacer Papas, erigiendo antipapa á Guiberto, por consejo del infame Cencio, hijo de un antiguo prefecto de Roma, que se encargó de consumir aquella sacrilega usurpacion del Solio pontificio,

Berault-Bercastel refiere en los términos siguientes el atentado que con este motivo se llevó á cabo en la sagrada persona del Padre Santo:

“La noche de Navidad del año 1075 fué el Pontífice, segun costumbre, á celebrar en Santa María la Mayor, á pesar de que caía una lluvia tempestuosa y tan abundante, que apenas se atrevían á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la funcion. No perdió Cencio una ocasion tan favorable, ántes bien acadió á la Iglesia con un tropel de gente armada. El Papa que estaba celebrando la primera Misa, llegaba á la comunion del pueblo, cuando de repente se oyó una gritaria furiosa. Los conjurados recorrieron toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes, se apoderaron del Papa, y queriendo uno de ellos cortarle la cabeza, le hizo una herida de la cual manó mucha sangre. Sacáronle del templo tirándole de los cabellos y maltratándole en extremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus secretas quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la casulla la túnica y la dalmática, y se le llevaron con el alba y la estola.”

De esta manera, el Vicario de Jesucristo, re-

vestido con los ornamentos que representan la túnica que Herodes hizo poner al divino Maestro y los cordeles con que le sujetaron los judíos al prenderle, fué llevado al castillo de Cencio, nuevo Pretorio de aquellos nuevos judíos, donde la hermana del mismo Cencio no cesaba de ultrajarle, y donde uno de sus criados estaba desenvainando la espada para cortarle la cabeza, cuando una flecha lanzada con destreza hirió en la garganta al sacrilego y le dejó muerto en el acto.

La noticia del suceso no tardó en difundirse por la ciudad. Los oficios divinos se interrumpieron en todas las iglesias, tocáronse las campanas, resonaron los clarines, y el pueblo acudió amenazador ante el castillo del tirano pidiendo la libertad del Pontífice.

Aceboardado Cencio ante la actitud de los romanos, se echó á los piés de Gregorio VII, le pidió perdon, y le puso en libertad.

Cencio logró escapar con su familia y sus cómplices; pero condenado á perpétuo destierro y saqueados é incendiados su castillo y sus bienes, vivió errante y fugitivo sin patria y sin hogar hasta su muerte (1).

(1) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs*.

VI.

Guillermo II, el Rojo, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1100 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ciertamente la raza de los incautadores no es nueva en la historia de la Iglesia, pues mucho antes de nuestro siglo, y aun de nuestra época, en la Edad Media, hubo ya quien, arrastrado por una ambición sacrilega, osó poner sus manos en las rentas y bienes eclesiásticos.

El siglo XI nos presenta uno de estos ejemplos en Guillermo II de Inglaterra, que á la muerte de Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, ocurrida en 1089, rehusó por espacio de cuatro años proveer aquella Silla, por disfrutar sus cuantiosas rentas, de las que destinaba una parte muy exigua al sostenimiento de los monjes que formaban el clero de aquella iglesia. Lo mismo hacia en las demás catedrales y en los monasterios, de cuyos bienes se apoderaba al pun-

to que espiraba algun Obispo ó Abad, sin permitir lúego que se les diese sucesor.

Al fin un suceso Proviudecial, y que tuvo todos los caractéres de un castigo de Dios para el Rey, le detuvo en el camino de las expoliaciones.

Habiendo ido á Inglaterra, llamado por el conde de Chester, el arzobispo de Cantorbery, San Anselmo, abad entónces del Bec, muchos señores y Prelados hicieron rogativas, con consentimiento del Rey, á fin de obtener un Pastor digno para la iglesia de Cantorbery. Uno de dichos señores, hablando un dia con Guillermo II, le dijo que no conocia ningun hombre tan santo como abad de Bec.—No ama sino á Dios, dijo, y no tiene afición á ningun objeto terreno.—No, contestó el Rey riéndose; ni aun el arzobispado de Cantorbery.—Seguremete, repuso aquel, eso es lo que ménos desea; estoy plenamente convencido de ello, y todo el mundo le hace la misma justicia.—Y yo, añadió el Monarca, estoy persuadido de que si se le ofreciese esta opulenta Silla, correria á ella con todas sus fuerzas; pero, por el Santo Rostro de Luca (1), que ni él ni

(1) El Santo Rostro de Luca era un crucifijo vestido, que se creia habia sido hecho por Nicodemo y llevado despues con el tiempo á Luca (Toscana), de donde habian salido muchas copias.

ningun otro se sentará en ella viviendo yo. Apenas profirió el rey Guillermo estas palabras, le acometió una enfermedad que en poco tiempo le puso en peligro de muerte. En tan apurado trance fué llamado San Anselmo para asistir al rey Guillermo, que no solo se mostró arrepentido, sino que fué uno de los que más trabajaron para obligar al santo Abad á aceptar la mitra de Cantorbery, que se resistió á recibir por mucho tiempo con invencible humildad, á pesar de los ruegos del mismo Monarca, del Episcopado y del clero, y aun de la grandeza.

Mas el Rey olvidó pronto sus propósitos, porque, pasado el peligro, su carácter irascible y avaro le impulsó á nuevos excesos: así fué que un dia en que Gandolfo, obispo de Rochester, le advirtió que su conducta le atraeria algun nuevo castigo de la ira de de Dios, el príncipe, usando el juramente que le era familiar, exclamó con enfado: "Por el Santo Cristo de Luca, jamás Dios me hará bueno haciéndome mal.

Posteriormente exijó una contribucion de dos mil libras de plata al arzobispado de Cantorbery; negó á los Prelados tuviesen comunicacion con el arzobispo San Anselmo, porque habia reconocido al Papa legítimo Urbano II, y aun trató de obtener de los Legados pontificios depusieran al virtuoso Prelado.

Finalmente, tal era la conducta del Rey, que San Anselmo, al saber la elección del Papa Pascual II, le escribió rogándole tuviese en consideración los males de la Iglesia de Inglaterra. En estas cartas consignaba el santo Prelado que la especie de destierro que sufría era sólo por no querer acceder á los caprichos de un príncipe que se consideraba autorizado para trastornar la ley divina; que estaba ofendido con él sólo por haberle rogado le permitiese ir á consultar al Sumo Pontífice; que no solamente prohibía á los Obispos reconociesen sin orden suya al Papa, sino escribir al Pontífice y recibir sus cartas; que en los trece años de su reinado no había permitido se celebrase un Concilio en Inglaterra, y que daba las tierras de la Iglesia á sus vasallos, reteniendo para sí mismo todos los bienes de la de Cantorbery desde que le obligó á salir de allí.

Muy poco tiempo después que el primado de Inglaterra elevára al Papa tan sentidas quejas, murió el rey Guillermo de una manera tan desastrosa, que no permite dudar que su fin fué un terrible juicio de Dios.

El día 2 de Agosto del año 1100, y en el momento en que Guillermo el Rojo perseguía en una montería á un ciervo herido por él mismo,

cierto caballero llamado Tirriel, con ánimo de matar al ciervo, despidió una flecha, que en vez de herir al animal fué á clavarse en el corazón del Rey, dejándole muerto en el acto, sin darle tiempo para que diera señal de arrepentimiento (1).

IX. GIBRALTAR

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

— *Historia general de España*, lib. III, cap. II, p. 101.

(1) *Hist. Novor.*, lib. III.—BERAULT-BERCASTEL;
Historia general de la Iglesia, lib. XXXV.